

El Edecán de Córdoba

Discurso en homenaje del prócer Francisco Giraldo, Por el Dr. Alfonso Zawadzky, Pbro.

Señor Presidente del Congreso:

La liturgia de la patria es toda sublime y llena de misterio. A cumplirla en ritos solemnes, en este sitio memorable, en cuyos ámbitos se perpetúan los ecos de un gran amor y un gran dolor que conturbaron las blandas entrañas de la amada patria, por los itinerarios de CLIO, bajo el amparo divino de la bandera tricolor, nos era conducido a la Academia Antioqueña de Historia.

Me toca desempeñar encargo delicado y dulce, en nombre del Centro Vallecaucano de Historia y Antigüedades, cual si dijera yo que en nombre del rumor de una tierra libre como el viento, que fue santificada por las plantas del padre libertador y ungida con la sangre generosa de los mártires de la patria, tierra buena y ancha de lo que fue el viejo Cauca, vencedor en Ayacucho, en cuyas sienas florecieron las manos de Bolívar dadivosas, y a cuyo glorioso edecán, corneta de órdenes de la epopeya final, estamos ahora, aquí donde yació herido con su capitán invicto, rezando la plegaria de la REPUBLICA, para pedirle que no deje apagar la llama que ardió en los días sagrados de la magna guerra y expandió sus irradiaciones de sol en cenit el 9 de diciembre de 1824.

Yo he quemado mis labios en la oración y ellos han estampado, en la mañana de este día, un beso ardientemente apasionado a la bandera de los idearios de la Gran Colombia, para purificarme, a fin de poder

hacer el despliegue de un amor recóndito y místico a las grandezas épicas, cuya evocación nos ha congregado en torno de los altares de la patria. Aquí hay una memoria, no en mármoles brocateles, sino viva, pura, sangre humeante y creadora, la de un eterno laurel que fue contemplado con embeleso y con hondo deleite por el Sol de la misma mañana en que, en los campos de Ayacucho, el capitán Francisco Giraldo, voz de corneta y clarín, intrépido y vivaz, llamaba a filas cuando de la boca de Córdoba salía la ráfaga de Dios, aquella voz sublime, creadora de la victoria: Armas a discreción! Paso de vencedores!

La colocación del retrato del prócer Giraldo es un acto severo de la liturgia, cuyos simbolismos tienen misterio y sublimidad, como enantes decía. Hagamos memoria, señores, hagamos memoria en fugaz viaje, no para crear razones de justificación de estos ritos sagrados, sino para llevar nuestros espíritus a las alturas de grandeza moral por donde transitaron aquellos hombres que crearon la constelación de nuestras legítimas glorias. Hagamos memoria, insistiré en la ánfora de un amor encendido, memoria de hechos de soberanía de soles, porque nuestros días en la libertad, para decirlo con dolor, están ungidos de una sangre hervorosa de nueva juventud en los viveros de la acción fecunda de patria.

Hagamos memoria... Yo os pido la profundidad del silencio de un minuto de filosofía del amor a la bandera tricolor. Yo os pido un soliloquio, a cada uno de vosotros, pero un soliloquio, clavadas todas nuestras pupilas sobre los sitios en donde la Gran Colombia hubo de llorar en sollozo como Raquel suspiró por sus hijos desaparecidos en Ramá, al ver abatido y yaciente al hijo ínclito, el cosechero del laurel esquivo de la inmortalidad, el mimado que sintió oprimidas sus sienas por las coronas que en La Paz ofrendaron al Libertador y que ahora guarda

Rionegro como tesoro codiciado de las deidades de la victoria.

Hagamos memoria. decía! El 8 de diciembre de 1824 por la tarde, quedaron situados los ejércitos de la gran contienda, como dice el parte de Súcre, en las alturas de Cunduncurca, a tiro de cañón. . . .

“La aurora del día 9 vio estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación”.

Nosotros, señores, repetimos lo que dijeron los filósofos de todos los siglos: que la historia es maestra de la vida, verdad armoniosamente expresada en algún interesante pasaje del Quijote, con tanta gracia como la frase elegante con que Cicerón solía expresar sus grandes pensamientos en el idioma más lógico y armonioso entre todos, después de la lengua en que hablaron Sófocles y Demóstenes. Maestra de la vida.

En aquella mañana, en esos campos de imperecedera recordación humana en todos los siglos de vida de la democracia en América, el capitán Francisco Giraldo estaba en Ayacucho y sus ojos atónitos vieron cuando el sol se entró por los ojos de Córdoba que puso con sus batallones Pichincha, Caracas, Bogotá y Voltígeros en derrota a las huestes de los intrépidos combatientes de España. Su voz de mando fue el retumbo de un trueno, una ráfaga, la fuerza de un huracán, la voz decisiva. En esa altura del Cunduncurca fue hecho prisionero el virrey La Serna.

Yo quisiera saber interpretar los caracteres de la grandeza humana de aquellos momentos supremos porque en ellos se eternizó la razón de una grandeza, creadora de un amor, cuya fuerza de atracción es la que nos tiene reunidos, rindiendo estos cultos, diciendo con labio trémulo de fe y de esperanza colombianas la oración a los padres de nuestra soberanía, a los cinceles místicos que hicieron en labradura perfec-

ta la arquitectura de nuestro derecho, a los bravos capitanes, profesores de valor moral a toda prueba, varones desprendidos, cuyo solaz fue sólo la deleitosa recordación de las batallas de nuestra libertad. Yo quisiera, digo en leve reticencia..... ah! Yo quisiera.....

La bravura de Córdoba no es una leyenda. Una generación tras otra generación, después de los días sagrados de Ayacucho, siempre vivió la realidad del hecho. Sucre estampó en su parte y en sus cartas al Libertador, la escueta y desnuda realidad. Por eso el mariscal lo nombró general de división en el campo de batalla. Mas yo no quiero fijar mis miradas sobre detalles militares. Quiero conducir la caravana de nuestros amores hacia el santuario místico de las consagraciones, en donde hay un fuego que purifica, en donde arda una llama de gracias que eleva el alma, en donde se oficia con ritos de grandeza y de honor y en donde los coros del amor glorifican a los vencedores que arrebataron el laurel y humedecieron la tierra con el río de sus sangres generosas para redimir a los cautivos y vivificar la fe en la libertad en los desfallecidos, en los traidores y en los que la niegan secretamente al simular que adoran su soberanía.

Por eso os decía: Hagamos memoria..... Me parece divisar en esos campos, la intrepidez del edecán de Córdoba, el glorificado hoy por el pueblo antioqueño, en esta interpretación de su querer que hace la Academia de Historia. Conturbado siento mi espíritu, no en congoja y en flacura, sino por ser la poquedad mía la que está haciendo el imposible elogio de una intrepidez y de un valor y de una fidelidad y de la lealtad de un soldado a su capitán en la hora aciaga del infortunio, con la misma entereza de espíritu que en la hora de los laureles y del botín de la victoria. He aquí un varón colombiano, hecho con

grumos de esta altiva gente de la montaña antioqueña, que irgue su silueta moral gallardamente para poner un interrogante en nuestra vida e infinitos puntos suspensivos en la respuesta que puedan dar muchos ciudadanos. Giraldo pasó seis veces por el Chimborazo, como dijo un escritor; dos, llevando sobre sus hombros el asta de la bandera tricolor”.

Nos ofrece su vida singulares cuadros de luz. Sus pupilas pudieron beber a torrentes y raudales glorias divinas en los días solemnes de que habla el poeta Quintana. Qué más que haber tenido en sus retinas retratados sin borrarse nunca, los rostros del Libertador, del mariscal de Ayacucho y de su capitán invicto, su amigo y confidente hasta la muerte, el general José María Córdoba.....?

Oh.... Santuario.... Santuario! Quisieran mis labios decirte una salmodia solemne, cantarte el ritmo de un sollozo, porque en tus calles cayeron abatidos los fuertes de Ayacucho. Yo quisiera tener la divina inspiración de los vates para entonar un cántico fúnebre del arco como el de David en la muerte de Saúl y de su hijo Jonatás. Pero, déjame, oh ciudad, expresar mi conturbación al hacer memoria de lo que hizo el huracán cuando pasó por tus lares y tus calles. Yo sé quiénes fueron los que cayeron heridos y perdieron la vida sobre tus colinas.... La flor de la patria pereció sobre tus montañas, oh pueblo. Si David lo dijo entonces, hace siglos, yo lo digo ahora: Cómo ha sido este campeón?....

Y aquí, señores, en este pasaje de nuestra meditación profunda, rimo mi palabra con la biblia, para destacar la lealtad que unía al edecán Giraldo con su bravo e invicto capitán. Y canto en exaltación de su memoria sagrada: Córdoba y Giraldo, amables y gloriosos durante su vida, más ligeros que las águilas, más fuertes que los leones, han sido inseparables hasta la muerte! Oh hijos de la Gran Colombia, ga-

llardos sobremanera y dignos de ser amados más que la más amable doncella. Oh general Córdoba, el silencio y las lágrimas son el elogio a tu épica grandeza y a tu bizarría de invicto capitán... Oh edecán Giraldo: cómo fue que cayeron los valientes... Que no caiga el rocío sobre las montañas ni la lluvia refresque la tierra, puesto que allí es donde fue arrojado por el suelo el escudo de los fuertes...

Mas, por el río de las lágrimas que hacen fluír las grandes tragedias, pasa también con sus irisaciones el sol y la filosofía de la historia va abriendo rutas anchas de refocilación para el viajero que había tenido que hacer travesías fatigosas por escarpados caminos pedregosos y áridos, sin ríos ni manantiales, sin árboles de espeso follaje para la sombra y sin refugio para guarecerse durante el vendaval en las horas de las negras noches cuando duermen silenciosas las estrellas.

Estas exaltaciones justicieras son el fluír de las rutas, a fin de enseñar a los pueblos la filosofía de la fidelidad y el código de la lealtad. El héroe, porque a Giraldo no podemos llamarlo simplemente soldado, sino de verdad, *Héroe* del final de la *Epopéya Nacional*, el héroe, digo, de esta consagración, nos presenta la faceta tersa de su pulcritud moral como confidente y amigo fiel, fidelísimo, de Córdoba. La breve biografía de este insigne libertador debiera imprimirse en los tratados de educación moral y explicarse en las cátedras de historia patria, para infundir en la conciencia de la juventud enseñanzas supremas, siquiera para hacerla sentir anhelo de un ideal o un simple deseo de superación en lides de perfección espiritual.

Corneta de órdenes en Ayacucho. He aquí un tema de interpretación honda de filosofía de la EPOPEYA, para aplicarla a nuestro anémico patriotismo, tal vez mutilado, exangüe, desflorado en sus gracias

por el materialismo. La victoria fue la consecuencia de escuchar la voz del clarín que daba el edecán. Embocar la trompeta es preparar el alma y soltar las ligaduras que puedan haber tenido aprisionado el valor del soldado en las horas inmediatas de dar la carga final. Voz de mando, sonoridad de un deber, exigencia del sacrificio, ultimátum de la patria a sus hijos, reclamo de la libertad en peligro a sus defensores que se avienta a medir los aceros con los del adversario, es lo que para mí deduzco de mi viaje por los caminos interiores de la biografía del héroe, cuyo retrato, colocado ahora, aviva la luz, intensifica la emoción nuestra y pone ante nuestras ávidas miradas, sedientas de verdad del pasado, el panorama de Pichincha, Junín y Ayacucho, número tres, número de ecuaciones perfectas, trinidad de grandezas en la liberación de América, número tres, sobre cuyos ángulos, curvas y vértices caminó Giraldo, caminó con la bandera tricolor, besado y acariciado por el sol, embriagado con el vino del amor puro y apasionado a la libertad de la patria. Nosotros hemos caído en un abismo, en una sima, hemos enfermado de insensibilidad, nos hemos acostumbrado a ser cotizados en los mercados de todo lo que se pesa y se mide y estamos educando a las generaciones que se levantan, las que se llaman generaciones de la patria, en la misma escuela de nuestros fracasos, de nuestras cotizaciones y de nuestra pérdida del rico tesoro de una romántica, de una mística colombiana, la de nuestros abuelos que saludaban el advenir de la aurora de cada 20 de julio con júbilo, con ilusión, con lágrimas de amor, con saltos de exultación y alegría inenarrable.

Aquí estamos en un templo de la patria. No es la Acrópolis de Atenas, pero es *Un Santuario* en su nombre geográfico y en la realidad de su contenido de historia nacional, de lucha en las horas decisivas

de nuestras afirmaciones para la perennidad de nuestra soberanía política de nación constituida como sociedad civil perfecta. Hondo, jugoso, reconfortante, consolador del espíritu, es este tema. Bendigo al cielo porque tuve la suerte de venir de las anchuras iluminadas del Valle del Cauca a rezar estas liturgias de la mística bolivariana de patria en este sagrado altar de recordaciones supremas para sanar de sus dolencias a nuestra maltrecha y herida libertad democrática, si es que todavía podemos hacernos la ilusión de que no ha acabado en su agonía dolorosísima nuestra democracia, otrora gallarda y tentadora....

Bendigo al cielo, porque mis ojos en la recordación, hoy, al ver la fisonomía del Edecán de Córdoba, vieron la aurora del 9 de diciembre y vieron el despliegue de las banderas y vieron la lucha de los ejércitos contendores y porque mis oídos oyeron los ecos de la corneta de órdenes embocada por Giraldo y la voz de mando dada a sus batallones, en las escarpas del cerro de Cunduncurca por Córdoba, voz de mando que se oye en todos los ámbitos del continente de América, que resuena en los mundos de lo que fue la Gran Colombia, voz de victoria, que debe retumbar en las orejas de los oligarcas que tienen oprimida a la democracia.... La voz decisiva de la victoria.... Sí, oh Córdoba! tu voz, sonora, retumbante, de huracán, de ola, de estruendo, de poderío, de golpes de luz, de urgencias de la libertad, de reconquista del derecho, voz de embriones y promesas de vida libre para este pueblo colombiano: *Armas a discreción..... Paso de vencedores.....* es la voz que necesitamos en esta hora, que por eso venimos como van los sedientos a las linfas frescas de los ríos, a este Santuario, a beber lágrimas, porque en las lágrimas está la filosofía de las grandes verdades humanas de la historia, para en ellas co-

brar valor, arrojo temerario, amor a la libertad, sin temores, sin convencionalismos, sin trepidar, lógica irreductible, espíritu de sacrificio, integridad, orgullo de ser colombianos, alegría de tener en la genealogía de nuestra emancipación el nombre tuyo, el nombre de tu edecán, el nombre inmaculado de Sucre, inmolido en la oscuridad de los conciliábulos de las oligarquías políticas y el nombre sagrado del Padre Libertador Simón Bolívar. Te veo en el epinicio de tu grandeza en Ayacucho y te veo en la hora de tu abatimiento aquí, en hora en que los soles divinos se habían ocultado, como en retiro y abandono. Pero en todas esas horas te veo grande y en todas esas me parece que tu bizarría llena de gracia y de verdad, porque nadie podrá robar de la corona de tu nombre en la historia la realidad de tu legítima gloria de ser uno de los libertadores del pueblo en la vastedad de América, en los días en que Bolívar realizaba el mandato de su misión de creador de pueblos libres. Trinidad, decía, número de perfectas ecuaciones, trinidad fundida, forjada, creada por las deidades propicias de la patria, se formó en 1824 por todos los siglos en que vibre una leve memoria de democracia, con el nombre del Libertador, con el nombre del Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre y con el tuyo, nombre preclaro, nombre sustantivo en la historia de la grandeza, de la temeridad y del valor, nombre que no fue efímero ni flor de un solo día.

Cuatro mil quinientos soldados colombianos vieron la aurora del 9 de diciembre de 1824. Esos cuatro mil soldados fueron cuatro mil quinientas generaciones de la patria en la unión perfecta del amor con la fidelidad a la libertad. Aquellos varones hicieron el cantar de su vida en la victoria de Ayacucho. . . . Los apellidos de esos cuatro mil quinientos soldados son ondas de misterio de la bandera trico-

lor que resuena en los espacios de la patria libre. Es un río caudaloso de sangres y de herencias de épica grandeza que va haciendo su curso por las comarcas de toda la república, río que baña la llanura y que besa la ladera de los montes y comunica savias a las tierras vecinas de las alturas; pasa por los pueblecitos invisibles, cunas de los grandes, como el caserío de Pavas que fue Cuna de Giraldo; y pasa por las ciudades populosas y como todo río, va dejando de sus aluviones, de sus dádivas para fecundar la tierra y hacer florecer las praderas. Arrastrados por esos caudalosos poderes del río de sangre de los creadores de la patria, vamos nosotros, no como navegantes en plácidos vaivenes, dentro de seguras embarcaciones, contemplando el paisaje de las orillas a lado y lado de los ríos, corremos hacia el delta de la eternidad que se abre para el hombre ante los ojos misteriosos de Dios Vivo, cuando toda vida, como todo río al océano, torna al Creador. En el fluír de la libertad de las naciones, hay minutos supremos de convergencia hacia la luz y minutos de divergencia, que son los del regreso hacia la disolución de una necesaria unidad en la cohesión suprema de la vida grande de la patria, que debe ser vida ejemplar de florecimientos y de eficacias.....

Por eso, al comenzar os decía: Hagamos memoria. Y por eso, en el epílogo de esta liturgia de consagraciones, os repito: Hagamos memoria de los grandes días de la libertad, porque son los hechos los que deciden siempre al hombre a entregarse con ardor a las grandes luchas en la esperanza de realizar la grandeza que otros hombres realizaron.

Cunduncurca, en la historia épica de la Gran Colombia, en una altura en donde aparece en toda su bizarría y juventud, en su plenitud de hombre, el general Córdoba..... Mirémoslo y tomemos de su eficacia para las grandes resoluciones de la libertad

y del servicio de la patria, sin vacilaciones y sin trepidar. Hagamos memoria de este día glorioso suyo de su voz de mando. Hagamos memoria de Ayacucho para siempre, porque esa memoria es un río de Dios que presta irrigaciones milagrosas a nuestros plantíos espirituales, si de verdad anhelamos la gloria perfecta del pueblo colombiano como emancipado, quiero decir, como pueblo que sabe vivir en su geografía política, sin aceptar que se le quiera imponer el clima y las modalidades de otras geografías políticas, porque en esas tierras muere el embrión de la libertad colombiana.

Hagamos memoria..... Giraldo hizo milagros de valor en Ayacucho. La historia no miente. Medellín vio pasar por sus calles, durante muchos años al Edecán de Córdoba y siempre supo respetar sus grandes méritos. En su vida encontramos episodios de lo que es la entereza, el valor, la fidelidad y la lealtad del amigo. Esta consagración no es una vanidosa ostentación ni un acto de ceremonia protocolaria para llenar una simple formalidad de programa de fiestas. No. Es un acto que ejecuta la biología de nuestro espíritu en la conservación de la vida viril y sana del Patriotismo. Es una exigencia de la conciencia social de los pueblos que comienzan a tender sus miradas, en las horas de confusión, en busca de la luz, de la seguridad y del acierto. Hemos venido a orar, que es amar, que es vivir, que es ser libres.... Hemos venido a rendir culto al héroe, que es elevación, que es dignidad, que es deseo de superación, que es sacudir las alas para librarlas del peso del materialismo en que se va sumergiendo el mundo social, para echarnos en raudo vuelo por los espacios por donde pasaron las almas de los vencedores y los espíritus que no le tuvieron nunca miedo al huracán ni a las tempestades del mar.....

Señores académicos: Si estamos dando cumpli-

miento a los deberes de estas instituciones educativas del patriotismo, acerquemos nuestras almas a las llamas de los hogares y dejemos que el fuego místico haga la combustión de nuestras almas en este tabernáculo de Santuario. Francisco Giraldo es una hoguera de la patria. . . . ardida siempre tuvo el alma en el fuego de Ayacucho, que fue el fuego sagrado de la patria. . . . No nos contentemos con las simples ceremonias de lo que se llama la llama del fuego de la patria. . . . En el retrato que la Academia de Historia acaba de colocar ante la llama del espíritu del Edecán de Córdoba y de su compañero fidelísimo en la hora del infortunio y abatimiento de la vida de su invicto capitán. Imitemos esa grandeza. . . .

Ardas en la llama sin fin que suba hasta las alturas del cielo de la patria, oh edecán Giraldo, que te quemaste en las combustiones de la llama de la libertad de la patria en Pichincha, Junín y Ayacucho y que queme el fuego de tu entusiasmo en las épicas jornadas nuestros espíritus fríos, para que purificados del mal, seamos dignos de la libertad como digno fuiste hasta la heroicidad y para que aprendamos a ejecutar la voz de mando de tu glorioso capitán en la empinada cima del cerro de Cunduncurca: Armas a discreción. . . . Paso de vencedores. . . .

Y volviendo, señores, de mi viaje por las rutas de la historia, hacia vosotros, si conturbado el espíritu, también encendido en el fuego purificador del amor a la patria, os diré invitándoos a las jornadas de la democracia, dos frases de Córdoba, dichas en ocasiones diferentes la una de la otra, en su vida de meteoro de la gloria: la de Ayacucho, cuyos ecos resuenan todavía y la de su respuesta al general O'Leary cuando la esquiva fortuna de su estrella se alejaba: General, si no es posible vencer, no es imposible morir.

Os la recuerdo en este sitio de la angustia pos-

trera del paladín. Y en hondos decires de la filosofía de la historia que tiene magisterios saludables y sentencias inapelables para la justicia y grandeza de los pueblos, porque ellas reviven y evocan dos panoramas o grandes sucesos:

Ayacucho y Santuario. Allá la grandeza épica: aquí la sublimidad del sacrificio. Allá el sol en su carroza hacia el cenit acompañada del rumor de las águilas de la victoria que volaban pareándose con los cóndores; aquí el ocaso de una vida, abatida por el infortunio de un minuto supremo de los gemidos de la libertad aprisionada en las garras del dolor. Allá sobre Cunduncurca, con su edecán Giraldo, Córdoba dando la voz de mando para abatir el poderío del león invencible de Iberia: soldados, armas a discreción, paso de vencedores, cumplimiento de la Voz de Pativilca. Aquí lidiando el ínclito vencedor con el minuto traidor, en los vórtices de lo inevitable, poniendo la frente al beso de sol que se iba ocultando entre mantos de amarantos y púrpura, para dar la sublime respuesta de grandeza moral, profunda, emocionada, *única*, voz de capitán herido, salto tembloroso de la linfa que se agotaba en el hontanar de la vida; si no es posible vencer, no es imposible morir.

Oh bravo Córdoba: tu respuesta exalta para siempre tu memoria.

Oh edecán, fidelísimo Giraldo; tu lealtad en la hora trágica de tu capitán, si es un canto a tu gloria de Ayacucho, es también una lección a los hijos de la patria.

Padre nuestro Libertador Simón Bolívar, que estás en los cielos de la democracia americana: santificado sea el tu nombre.....

Santuario, febrero 4 de 1944.